

Estrella TRINCADO AZNAR

Crítica del utilitarismo. Utilidad frente a realidad presente

Madrid, Maia Ediciones, 2009, 137 pp.

El libro que nos ofrece la profesora Estrella Trincado, economista y filósofa, especializada en historia del pensamiento económico, es una meritoria condensación de su trabajo académico desde hace más de 15 años. Se trata de un texto breve, de pensamiento denso, y con reflexiones profundas sobre una diversidad de temas importantes, que el lector interesado puede ampliar en otros trabajos de la misma autora.

La obra resume en el título su propia razón de ser: una crítica al utilitarismo filosófico realizada desde diversos ángulos. El subtítulo, *Utilidad frente a realidad presente*, acota, a su vez, los dos paradigmas que la autora enfrenta, dos visiones opuestas de la existencia humana y de la construcción de sus formas de vida en sociedad. El ensayo está estructurado en cuatro capítulos que evocan las cuatro grandes preguntas que según Kant ha de atender la filosofía [¿Qué puedo saber? ¿Qué debo hacer? ¿Qué me cabe esperar? ¿Qué es el ser humano?], y que en la versión de Trincado son: ¿Cómo pensamos? ¿Cómo actuamos? ¿Qué consideramos justo? ¿Por qué intercambiamos? Estos cuatro ejes constituyen los temas capitales de la antropología filosófica moderna, filosofía moral y política, y, por supuesto, el núcleo de las ciencias sociales. La obra es, estrictamente hablando, un libro de filosofía, en el cual el filósofo profesional encontrará un rico discurso de historia filosófica y renovadas controversias clásicas. El economista técnico desinteresado en cuestiones filosóficas puede que encuentre el ensayo desconcertante. Sin embargo, el último capítulo interesará particularmente al historiador de la economía y de la teoría económica. En él la autora se adentra en la explicación de los grandes problemas latentes en la crisis actual (filosófica y económica, según Trincado), y lo hace con herramientas de análisis ya utilizadas en el s. XVIII por Adam Smith. Este último capítulo sorprende, pues la autora se atreve a posicionarse respecto a importantes y polémicas cuestiones económicas de la actualidad, como los rescates a la banca por los gobiernos o la reivindicación de un nuevo marco regulador de la actividad financiera y crediticia. Trincado concluye que las políticas anticrisis que están aplicando los políticos no son, en modo alguno, una salida original, sino una vuelta atrás que reproducirá los mismos problemas. Este error se origina en una falta de visión, filosófica y económica, que se explica, en buena medida, por el desprecio de la Historia. La autora se muestra valiente en esta y otras valoraciones más de tipo ético; por ejemplo, saltando por encima de lo políticamente correcto, se expresa críticamente acerca de temas tan controvertidos como el aborto, la eutanasia o la pena de muerte.

Pero volvamos a la teoría filosófica, que es el *leitmotiv* del libro. El historiador Anthony Padgen [Padgen, Anthony (2001), *Las tres grandes tradiciones históricas. Una genealogía de la posmodernidad*, Cuaderno n.º 8 de la Fundación Juan March, Madrid] ha defendido que la historia de la filosofía occidental es un pulso soterrado entre tres viejas tradiciones de pensamiento: el escepticismo, el epicureísmo y el estoicismo. Según él, la historia y la cultura occidentales han recogido una lucha interna por encontrar algún modo de reconciliación entre estas tres escuelas. Para Estrella Trincado no es posible tal reconciliación, porque el escepticismo y el epicureísmo que florecieron en su versión *neo* tras el Renacimiento han contribuido a ofuscar la visión que tenemos del ser humano y han introducido ciertas creencias axiomáticas muy lesivas para la filosofía y las ciencias sociales. Con frecuencia se suele decir que un texto filosófico no se entiende bien hasta que no se consigue aclarar contra quién va dirigido. En el caso del texto que aquí nos ocupa la aclaración está hecha desde la primera página: “muchacha gente de la calle, y también muchos científicos, se han visto absorbidos sin darse cuenta por la ficción utilitaria. Primero sucedió en la ciencia económica... Luego, esa idea ha calado tanto en la razón humana que se ha intentado extender a todos los apartados de las ciencias sociales, con el bienintencionado objetivo de disciplinar lo difuso. Sin embargo, la esencia humana —y la realidad— no es utilitaria” (pp. 7-8). Los responsables filosóficos del encantamiento utilitarista de la posmodernidad, y contra cuyas doctrinas la autora va a argumentar, son David Hume y Jeremy Bentham, prohombres intelectuales de lo que ella denomina continuismo conservador y progresista respectivamente. En la concepción del *yo*, el primero vive en el pasado y aspira a que ese pasado sobreviva a toda costa. El segundo vive en el futuro y aspira a un glorioso porvenir, como la tradición judeocristiana. Ambos son esteticistas pues pecan de un sensualismo desconectado de la verdadera realidad humana: vivir tanto en el pasado como en el futuro es hacerlo fuera de la realidad, que sólo puede ser el eterno presente, aunque se le atribuya al Buda histórico aquello de que incluso el presente es sólo “una nube que pasa”. Según Trincado el problema de Hume y de Bentham es que sitúan al ser humano en unas coordenadas temporales alienantes y ajenas al tiempo real, y de aquí las melancolías, o la frustración de vivir ansiosamente en pos de experiencias venideras cuya posible fabricación racional es un error en el uso del lenguaje.

Estrella Trincado cuestiona desde su raíz los que, según su criterio, son los grandes errores de partida de la doctrina utilitarista, y para ello plantea una nueva teoría del presente, de la pura conciencia de existir del ser humano en el aquí y el ahora. El tiempo, como en Heidegger, es la clave para entender el *ser*, y la autora defiende que el incorrecto entendimiento del tiempo, y a la postre del ser humano, es la razón de la falacia utilitarista. Avanza incluso un meritorio intento terapéutico-filosófico de explicar la existencia humana: la concepción errada de la relación entre tiempo y vida, entre tiempo, realidad y sentido de la vida, es causa de no

pocos desvaríos y zozobras existenciales en el género humano, que vive sin darse cuenta en la ignorancia de sí mismo, dentro de una ficción, a veces muy angustiada, que es fuente de conflictos personales y sociales. En este sentido, tal vez pueda afirmarse que la autora se alinea con esa tradición que algunos han denominado *philosophia perennis*, o sabiduría perenne. La toma de conciencia existencial, y la comprensión del orden que rige las relaciones humanas, pasan por una revitalización del pensamiento de Adam Smith, lo cual a su vez, volviendo a la pugna entre las tres grandes tradiciones filosóficas de Occidente, supone decantarse por el estoicismo, una doctrina que además de explicar la realidad quiere ayudar al ser humano a encontrar la armonía consigo mismo y con el *Cosmos*. Para ello es preciso que el aspirante a la autenticidad natural comprenda quién es y qué está destinado a ser, qué está en sus manos conseguir y qué no, y, como conclusión, aceptar el orden natural de las cosas desde la gratificante perspectiva de un observador agradecido que se “da cuenta” entrando en comunión con el *Logos*. Estrella Trinca-do apela a la importancia del “darse cuenta”, una experiencia cognoscitiva que puede cambiar radicalmente la equivocada visión individualista y desarraigada asociada a la concepción utilitaria de la existencia, en la que la razón nos saca del flujo eterno del tiempo y nos incrusta en una existencia fraccionada y separada de los demás. El origen de esta visión radica en otra confusión importante del utilitarismo: lo que ella denomina “instinto de muerte”, que no es otra cosa que el espanto que produce la idea de no-ser, o sea, la nada... la ausencia de tiempo. Esta idea, cuando se apodera del *yo*, no hace sino negarlo, y de aquí la inquietud por la supervivencia que saca al hombre del tiempo y, por lo tanto, de la vida real, de sus sentimientos auténticos y de la armonía empática.

La autora plantea que cuando el ser humano se “da cuenta” y se halla autocentrado en ese estado de conciencia natural del observador, experimenta un sentimiento místico de gratitud por ser y sentirse eterno, y actúa en una perfecta armonía de tiempo y comprensión con los demás seres vivos, lo cual no excluye el sentirse perturbado por las conductas irrespetuosas con la dignidad de la vida, como son las conductas de muerte y violencia innecesarias debidas a la inconsciencia. Esa perturbación emocional, y no la utilidad, es el origen de la justicia, previo a todos los sistemas jurídicos formales, al Estado y a las leyes políticas. Contra lo que defienden las teorías contractualistas, el Estado precisamente nace para contener la desmesura que puede ocasionar la indignación ante la injusticia, lo cual podría desembocar en un mundo de resentimientos y venganzas. Por otra parte, el intercambio del cual surge lo económico y la economía es una conducta natural en el ser humano, y no se basa en el deseo utilitario, sino en el anhelo de ganarse (persuadir) a los demás. Si a esto se añaden otras propensiones naturales como las de la curiosidad, la creatividad, la imitación y el juego, tendremos explicado, dentro de un orden institucional justo, el éxito de la división del trabajo y el mercado, así como la valoración

económica de los bienes. Sobre este último aspecto Trincado se aparta de la teoría subjetiva del valor vigente en economía desde la *revolución marginal*. El valor de los bienes no es una consecuencia de la intensidad del deseo, sino de los intercambios en el mercado y los precios relativos que resultan. Por lo tanto, se trata de algo objetivo que surge de la interacción social, y no valoramos las cosas porque las deseamos, sino que las deseamos porque son valiosas en el momento presente. Para la autora, que sigue en esto una vez más a Adam Smith, la economía en realidad es un sencillo juego de curiosidad, creatividad y emulación, y el orden institucional que permite el crecimiento económico es aquel que deja más margen de libertad para estas propensiones conductuales innatas. El crecimiento económico permite que el juego prosiga y se haga más estimulante, y por eso las gentes que viven en sistemas socio-económicos dinámicos e innovadores son más felices que las que viven en sistemas con abundantes riquezas pero estacionarios. La felicidad no está pues en la utilidad de la riqueza, sino en el estímulo permanente que permite la libertad para crear y desarrollar todas las potencialidades creativas del ser humano.

En definitiva, estamos ante un libro interesante, más de filosofía que de economía, en el que se critican los cimientos filosóficos del utilitarismo. Estos cimientos sustentan, sin que muchas veces seamos conscientes de ello, el pensamiento económico convencional.

José Luis Herranz Guillén
Universidad Complutense de Madrid